

EMBOSCADA

Mediaba la Navidad del setenta cuando una intensa nevada caía sobre el Madrid decimonónico. La revolución que había sacado del trono a la reina dos años antes, había envalentonado a los generales que intentaban conducir el país entre algaradas y pronunciamientos. En los pasillos del congreso los corrillos debatían las posturas respecto a la llegada del nuevo monarca. La sesión había sido dura y se mascaba la tensión entre los distintos grupos parlamentarios. El general Juan Prim, presidente del consejo de ministros, acababa de defender sus últimas propuestas relacionadas con el duque de Aosta, futuro Amadeo de Saboya, cuya llegada a España era inminente.

— Mi general, a todo cerdo le llega su San Martín— le espetó el líder del partido republicano entre otros comentarios sarcásticos.

El presidente hizo oídos sordos y se afanó en recoger sus papeles para marchar a casa y preparar el viaje a Cartagena, donde debía recibir al nuevo monarca. Pese a no haber dado las ocho, era noche cerrada. Prim, embozado en su abrigo de oso, abandonaba el palacio de las Cortes junto a dos de sus allegados. Una berlina verde de cuatro ruedas, que utilizaba como vehículo de diario, le aguardaba en la puerta. La ventisca hacía revolotear la nieve en torno al coche a la luz de las linternas.

— ¡Qué falta de respeto señor!

— No le deis más importancia Nandín, a estos republicanos no les falta más que rebuznar — contestó el presidente a su ayudante personal.

El cochero hizo restallar el látigo sobre los caballos y salieron hacia el palacio de Buenavista. Al llegar a la Calle del Turco, la luz de las farolas dejaba ver dos carruajes atravesados que les obligaron a detenerse.

— ¿Qué pasa, por qué nos detenemos? — preguntó Nandín nervioso.

— Parece que el paso está impedido — dijo el coronel Moya, que viajaba en la delantera del coche.

— ¿Impedido por qué?— preguntó el presidente.

— Hay un coche atravesado — contestó el militar cerrando la portezuela de golpe para impedir que entrara más nieve— el cochero ha ido a ver lo que pasa.

Las miradas heladas se cruzaron un instante en un denso silencio. Ninguno de los tres dijo lo que pensaba. Moya, nervioso, frotaba el puño de la casaca contra el vidrio empañado, mirando al exterior y luego al presidente.

— No os inquietéis, nada malo puede ocurrirme— dijo Prim intentando distender el momento — aquí en España siempre es así, cuando...

No pudo concluir la frase. Tres disparos atronaron la calle después que el vidrio de la portezuela se hiciera añicos. A continuación un rosario de chasquidos y golpes secos acompañó la entrada de proyectiles por ambos lados. El cochero subió al pescante, golpeó con el látigo a los agresores y atizó los caballos intentando que sortearan el obstáculo. Aparecieron dos individuos más a cada lado, que pegados al coche tiroteaban el interior. Uno de ellos logró introducir el arma por la ventana antes de que se pusieran en marcha.

— ¡Al suelo señor!— chilló Nandín empujando al general a la vez que, con la otra mano, tapaba el cañón del retaco que le apuntaba.

La descarga destrozó la mano del ayudante, los tejidos carbonizados, mezclados con granos de pólvora, quedaron incrustados en el tapizado y en el hombro del general.

— ¡Pronto, dé la vuelta, volvemos a las Cortes! — chilló desesperado el coronel al cochero.

Los caballos habían conseguido romper el cerco, por lo que el cochero hizo oídos sordos a la orden cuando al grito de ¡Fuego! otra descarga sonó por el lado derecho.

— ¡José Paúl!— gritó el coronel Moya— ¡Es su voz!

— ¿Paúl... aquí?

Tres individuos más, con dos fusiles y una pistola, los tirotearon cuando los caballos iniciaban el galope hacia la calle Alcalá.

— ¡Ocúltese señor, que nos hacen fuego de nuevo!

Las balas rompían la madera antes de estrellarse contra el cuerpo del general y el capitoné del asiento. Los ocupantes, primero daban manotazos al aire, como intentando detener las balas, luego se ocultaban el rostro enroscando el cuerpo. Moya se puso sobre el presidente, que estaba en el suelo boca abajo, pero este era ya un colador lleno de agujeros por los que se le escapaba la vida.

— Estoy bien coronel, ocupaos de vosotros— le dijo entre balbuceos.

La nieve se derretía bajo los cascos de los caballos cuando llegaron al Ministerio de la Guerra. El general Prim abandonó la berlina ayudado por la tropa de guardia.

— Vuelva a su puesto soldado — ordenó entre jadeos al infante que intentaba ayudarlo.

— ¡Está sangrando mucho mi general! — le dijo Moya, que estaba ileso, indicándole el reguero de sangre que derretía la nieve a su paso.

— No es grave—balbuceó pesadamente el herido mientras intentaba subir las escaleras.

— ¡Juuaan!—un grito desgarrador se oyó cuando la esposa del presidente se encontró con su maltrecho marido.

Salvados los diez peldaños por su propio pié, se derrumbó. El oficial y el sargento de guardia ayudaron a la mujer y al coronel para trasladarlo a la habitación, mientras Nandín yacía inconsciente en la berlina.

Prim tenía destrozado el hombro, varios impactos en la pierna izquierda y mano derecha y había perdido mucha sangre, pero ninguna bala interesó órganos vitales. Después que el médico taponara las heridas quedó en el palacio, mientras Nandín fue trasladado al hospital.

La falta de cuidados o una mala praxis hizo que las heridas se infectaran y en tres días terminaran con la vida del que fuera general Prim. Una vez más en la España del diecinueve, el orgullo de unos y el odio y rencillas personales de otros se anteponían al bien común. No quedaba un solo hombre ni mujer en Madrid al que importara la vida de aquel egregio catalán, endiosado por sí mismo; quien con tal de sobresalir, confesándose monárquico, fue capaz de destronar una reina para buscar otro rey a su acomodo, aunque en ello le fuera la vida.

Jaime Colom

Diciembre 2011